

A man with dark hair and a beard, wearing a black suit, white shirt, and dark tie, holding a pair of glasses in his right hand. The background is a solid dark grey.

Bebé para el
GRUÑÓN

JANICA
CADE

Bebé para el gruñón

JANICA CADE

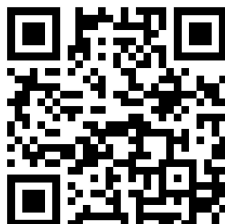


Sólo para suscriptores

POR TIEMPO LIMITADO



¿Has visitado la web de Janica? Entra en janicacade.com/es para conseguir tu trilogía (ebook) de historias de amor de multimillonarios alfa GRATIS. No la encontrarás en ningún otro sitio y estará disponible sólo durante un tiempo limitado. Cuando te suscribas a la newsletter, te enterarás de fantásticas noticias sobre otros libros gratuitos y sobre nuevas publicaciones. Nunca te enviaremos spam.



Copyright © 2024 Janica Cade.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto que se trate de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por Sonja Larsen

Imagen de portada con licencia de Deposit Photos

Copyright de la portada © 2024 por Janica Cade

Editado por Cinta Pluma

Contents

[1. Savannah](#)

[2. Aaron](#)

[3. Savannah](#)

[4. Aaron](#)

[5. Savannah](#)

[6. Aaron](#)

[7. Aaron](#)

[8. Savannah](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Deja una opinión](#)

[Otras obras de Janica Cade](#)

Chapter 1



Savannah

—Me va a matar —gimo por teléfono a mi mejor amiga, Kira, mientras entro en un ascensor abarrotado del hotel Blake Convention Center.

Con la ropa de gimnasia puesta y una maleta con ruedas en la mano, entro en el ascensor y pulso el botón de la planta 35.

La voz realista de Kira retumba en el teléfono.

—Mejor date prisa, chica.

Le divierte. Su acento sureño sale a relucir, brillante como el día, a pesar de que no estamos cerca de su casa.

—Si me hago un lavado del gato y un champú seco rápido, podré volver abajo a tiempo —razono.

Es estúpido, de verdad. Siempre llego tarde, y para una asistente que trabaja para el Director Financiero de toda la cadena de centros turísticos Blake, es un hábito increíblemente malo.

Pero es raro que una chica pueda pasar una noche en uno de los hoteles más ostentosos de Las Vegas. Solo estoy aprovechando al máximo el lujo. Eso es todo.

El ascensor suena y las puertas se abren. No queda mucho tiempo. Arrastro el equipaje por el suelo del pasillo hasta encontrar mi habitación.

—Añade un par de chorritos extra de perfume, cariño —dice la voz de Kira a través del teléfono.

—¿Qué? No. No hago ese tipo de cosas —le explico—. Aaron quiere una profesional, no alguien que quiera bajarle la cremallera de los pantalones para hacerle una paja.

—Pero sabes lo que quieres. Como siempre dices, es el último soltero de la familia Blake, y tú eres su ayudante. Entonces, ¿dónde te pone eso?

Dejo la pregunta en blanco. Mi nuevo jefe, Aaron, es posiblemente el hombre vivo más sexy, pero es complejo.

—Vamos. No soy nadie comparado con él —le contesto—. Un tipo así nunca se interesaría por alguien como yo. No tiene un velo en los ojos, y probablemente no sea mi tipo. Es bastante gruñón, sobre todo por las mañanas.

Kira suelta una carcajada.

—Bueno, Aaron puede ser cien por cien *mi* tipo cualquier día de la semana.

Sacudo la cabeza, aunque ella no puede verme.

—No le conoces. Es arrogante a más no poder. Tiene la nariz tan alta que ni siquiera se da cuenta de que estoy al final de la escalera. Lo mejor que puedo hacer es agachar la cabeza y hacer mi trabajo para que no me despida.

—Pero cualquier hombre se puede desmontar y arreglar —responde ella.

—Sí, claro. Es un multimillonario director financiero de una de las mayores cadenas de casinos de Las Vegas. Creo que ha visto todos los trucos, Kira. Además, sabes que estoy ahorrando para enviar a mi hermano pequeño al Hertford College —le recuerdo—. No puedo permitirme perder el tiempo. Necesito este trabajo.

—Tu hermano entrará, Savannah. Mientras te tenga como hermana mayor, entrará, estoy segura. —Kira divaga fuera del alcance del oído en la línea—. Oh, lo siento —se disculpa—. Estoy en el mercado y alguien intenta llamar mi atención. Espera un segundo.

Entro en la suite de dos habitaciones. Está repleta de lujo. Exactamente lo que esperaba de los hermanos Blake, de cinco estrellas. Una emoción me recorre. No puedo creer que este sea mi hogar durante los próximos días.

Dejo mis cosas en el suelo y sigo examinando mi lujoso entorno. Deseoso de sumergirme en el suntuoso confort, dejo el teléfono en una mesita auxiliar, pero enseguida me doy cuenta de que Kira sigue allí. Vuelvo a cogerlo.

—Tengo que irme, Kira.

—Te quiero. Adiós —suelta antes de que la línea se silencie.

Cojo mi neceser y entro en el baño de mármol. Olvídate del champú en seco. La lujosa ducha pide compañía.

Me meto y me deleito con el glorioso goteo del agua caliente sobre mi cuero cabelludo, sedada por el lujo del reconfortante aroma.



Aaron

—Conductor, ¿por qué me llevas por delante cuando te pedí que me dejaras detrás?

Mi conductor me mira por la ventanilla trasera.

—Porque la última vez que le dejé atrás, me dijo que estaba muy lejos de la entrada.

—Eso era antes, esto es ahora —regañó, dando golpecitos con los dedos en la parte trasera de mi coche urbano para liberar la frustración—. Por favor, haz lo que te digo y déjame en la parte trasera del edificio.

No necesito que me reconozcan y me molesten al entrar. Es algo muy importante para nosotros y quiero que todo salga bien, según lo planeado. Eso significa que no haya encuentros

inesperados con mujeres ambiciosas que de repente quieran hacerse un selfie conmigo antes de salir corriendo con mi cartera.

Es una gran noche, y estas son personas importantes. Me juego mucho. Le doy una propina de cien dólares al conductor, aunque sea un completo idiota, y me dirijo a mi casino de cinco estrellas.

Me detengo un momento, inhalo el aire y siento el aroma del dinero. El sonido de las máquinas tragaperras del casino siempre me convence.

Dinero. Dinero. Dinero.

Un tipo rubio y delgado se me acerca.

—Hola, Sr. Blake. Me llamo Davidson y estaré a su disposición durante su estancia. —Me entrega una tarjeta llave—. Su habitación está en la planta 35. ¿Quiere que le acompañe?

—No será necesario —respondo—. ¿Has entregado el regalo de bienvenida?

—¿A la habitación del cliente? Sí, señor. Quiero decir, no señor —tartamudea—. Lo estamos buscando. No tardaremos mucho y nos pondremos en contacto con usted cuando esté listo.

—No contactes conmigo. Llama a Savannah, mi asistente. De hecho, ella será su punto de contacto durante toda mi estancia. O mejor aún... —explico, mi postura se pone rígida—. Solo entrégalo, maldita sea.

Utilizo el pasillo del personal para llegar a mi habitación y por el camino me cruzo con unos cuantos asentimientos corteses. Uno de ellos es mi director de eventos.

—Sr. Blake —saluda—. Estamos listos para usted en la casa de mariscos.

—Excelente —respondo—. ¿Ya está Savannah? Y mis invitados, ¿han llegado?

—No he visto a la Srta. Savannah esta tarde, y no creo que hayan llegado los invitados, señor.

—Vale. Gracias —digo, dirigiéndome a los ascensores—. Si aparecen mis invitados, que empiecen con una copa de Dom Perignon.

Savannah probablemente llegue tarde.

Paso los dedos por el borde de la tarjeta.

Siempre llega tarde, pero no me molesta.

La mantengo porque es una ayudante experta y está demasiado buena para dejarla marchar.

Aunque Savannah está fuera de los límites. Nunca, nunca haría nada que pusiera en peligro el sustento de mi empresa.

Mi hermano y yo hemos trabajado muy duro para ello.

Una dama como Savannah probablemente llamaría a la puerta con algún tipo de demanda por acoso sexual y se quedaría con todo mi dinero.

Quiero decir, no es tonta. De hecho, es probablemente la mujer más brillante con la que he trabajado. Ya ha ahorrado a la empresa una fortuna en gastos imprevistos de proveedores: los descubrió en las dos primeras semanas que trabajó para mí y me los hizo saber.

No ha habido nadie como ella, y es crucial que mantenga las cosas profesionales, para que nunca quiera irse.

Mi polla se agita en mis pantalones cuando se abren las puertas del ascensor. Sacudo la cabeza, inspiro profundamente y exhalo para apartarla de mis pensamientos.

No follamos con empleadas.

Encontrar la habitación es sencillo. Mi familia es la propietaria. Hacía tiempo que no venía a este lugar, pero un segundo vistazo a la tarjeta llave me dice que no estoy en la suite presidencial.

¿Dónde me puso Savannah?

Introduzco mi tarjeta llave por la ranura y abro la puerta.

El olor a rosa y sudor flota hasta mi nariz.

El servicio de limpieza tiene que hacer un mejor trabajo porque *no* debería oler eso. Casi huele a... ella.

Justo cuando cierro la puerta de la suite, se abre otra que interrumpe mis pensamientos.

—¿Hola? —Una temblorosa voz femenina llama desde una habitación llena de vapor.

¿Qué carajo?

Con la cabeza envuelta en una toalla, Savannah asoma por la abertura. Sus ojos azules me miran y se queda con la boca abierta.

Otra toalla blanca envuelve su cuerpo limpio y fresco. Con los ojos muy abiertos, levanta la toalla. Sus pies, normalmente atados con altos tacones de aguja, están desnudos sobre el húmedo suelo del cuarto de baño. Parece aturdida.

Mis músculos se ponen rígidos. ¿Qué coño pasa? Un calor repentino me inunda la entrepierna y circula por mi cuerpo. Me separo de ella.

—No estoy viendo esto ahora mismo —digo, apretando los ojos y mirando hacia la pared adyacente—. ¿Qué haces en mi habitación?

—Eh... —Su voz vacila—. Debe haber algún tipo de error. Esta es mi habitación.

Su tono de voz se eleva al final, como si hiciera una pregunta.

Me hormiguea la piel y una sensación de aleteo se apodera de mi vientre.

—Tú reservaste las habitaciones, Savannah —respondo, pronunciando cada palabra.

—Lo sé —admite, con voz temblorosa—. Pero pedí dos suites. Tú en la Presidencial, y yo... aquí.

Le robo una mirada.

Su pecho se agita en rápidas respiraciones y la redondez de sus pechos se hincha sobre la toalla, especialmente donde su mano femenina agarra la tela.

Mi polla se sacude y mis ojos se detienen un segundo más de lo debido. Si fuera cualquier otra mujer, la tomaría en ese mismo instante.

Pero no puedo. Es Savannah, mi confiable y trabajadora asistente. Se supone que debo supervisar a mis empleados, no follármelos.

Froto una mano por la pernera de mi pantalón, vuelvo a mirar y la veo mirando directamente al bulto.

Se me endurece el estómago y un sofoco me sube por el cuello.

No se mueve—solo sigue en modo estatua—que, en su caso, bueno... parece una jodida modelo de Instagram.

Mi respiración no se detiene, y oigo su respiración también, pero nadie habla. Es puro silencio, salvo por el aire acondicionado que acaba de encenderse.

Me giro y la miro.

—¿Vas a arreglar la situación de la habitación o te vas a quedar ahí parada?

Sus ojos azules como palomas parpadean para encontrarse con mi mirada, buscándome. Traga saliva.

—¿Ahora mismo?

Dios, la deseo.

Chapter 2



Aaron

En cualquier otra circunstancia, habría salido de la habitación, pero no me muevo. No quiero que me vean en el vestíbulo.

Además, *ella está* aquí.

Me siento en el borde del sofá.

—La reunión no es hasta dentro de 45 minutos. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunta.

Mi pulso se acelera con un anhelo prohibido y me obligo a salir de mis pensamientos.

—Tenemos tiempo para que llames y me consigas una nueva habitación.

—Lo sé —suelta, y momentos después se arrepiente—. Lo siento. Me pongo con ello.

Me intriga. Es casi como si fuera más luchadora aquí en esta habitación que cuando estamos en la oficina. Se inclina sobre la mesa auxiliar y la toalla se levanta un poco, revelando sus muslos dulces y celestiales.

Coge el teléfono y frunce el ceño ante el auricular. Limpia el teléfono con una toallita desinfectante y mantiene el mango a cinco centímetros de su oreja.

Se sienta en el sofá a mi lado, cruza una pierna sobre la otra y se pone las gafas.

Su piel parece suave, tentándome a acercarme y tocarla. Después, le abriría los muslos y le mostraría la realidad de ese bulto que miraba antes.

Pero no lo haré.

Me demandaría y mi familia se cabrearía, seguro. Así que, no la tocaré, pero no hay crimen en sentarme aquí, viéndola lidiar con su propio error.

Es culpa suya, y yo soy su jefe: estoy en mi derecho de supervisarla mientras corrige su error.

Una oleada de excitación me recorre, endureciendo aún más mi miembro. Me humedezco los labios con la lengua.

—¿Por qué estabas ahí duchándote?

Sus labios rosados se fruncen un poco antes de lamérselos. Se aclara la garganta y aparta la mirada.

—Hola, soy Savannah Goodwin, en la habitación número... espere un segundo. —Su toalla se afloja y deja ver más pechos, casi hasta el pezón, mientras busca el número de la habitación.

Los latidos de mi corazón se aceleran y mis ojos se fijan. La lujuria me quema el cerebro y no puedo apartarme.

Encuentra un sobre de papel con la tarjeta de acceso y aprieta más la toalla mientras le dice el número de la habitación al recepcionista.

—Tenemos un problema con una de las reservas —explica por el auricular—. Parece que al Sr. Blake no se le asignó la habitación correcta. Debería haber sido colocado en la Suite Presidencial, y en su lugar, está... en mi suite.

Observo cada uno de sus movimientos, inspeccionando la forma en que se sienta ansiosamente en el cojín del sofá y estudiando cómo raspa el sobre sobre su piel morena.

Incluso el delicado collar de oro que rodea su grácil cuello me cautiva.

Por supuesto, ahora la miro, pero nunca me quedaría embobado mirándola en la oficina. De hecho, directamente la evito. He trabajado diligentemente con mi hermano para conseguir un entorno de oficina profesional, y nunca querría estropearlo.

Pero a veces me sorprende a mí mismo preguntándome cómo sería sentir su humedad, acercarme por detrás mientras me prepara el café de la mañana y deslizar mis dedos dentro de ella.

El sudor me punza el pecho.

¿Por qué no se pone ropa?

¿Lo hace a propósito? Es como si quisiera estar aquí en la habitación, sentada en un sofá de felpa, medio desnuda, tentándome, provocándome.

Y yo también se lo permito. No hago ningún esfuerzo por levantarme y esperar fuera, ni le digo que se vista.

Nada en absoluto.

Decirle que se tape es lo último que quiero hacer ahora mismo.

—¿No tienes ducha en casa?

Levanta la barbilla.

—Quería hacer ejercicio en el gimnasio del hotel antes de subir a la habitación —responde—. ¿Es eso un delito?

Es peleona fuera de la oficina.

Suspirando, acerca el auricular a sus labios rosados.

—Bueno, ¿qué tal una habitación normal, entonces?

Hace un gesto con la boca mientras me mira. Hace un gesto hacia el teléfono y me mira, tapando el auricular.

—Dicen que el complejo está lleno por la conferencia.

Asiento con la cabeza.

—Bien. Me gusta la ocupación total.

—Mira, no tengo por qué pasar la noche aquí —empieza ella—. ¿Por qué no vuelvo a casa y te quedas con esta habitación?

—No, encontrarás mucho tráfico y es demasiado tiempo en la carretera cuando deberías estar aquí.

—No si voy pronto y salgo tarde —sugiere, con la mano todavía cubriendo el auricular—. El tráfico sería más ligero.

Sacudo la cabeza.

—Deja el teléfono —le ordeno—. No puedes venir todos los días. Prefiero que dediques ese tiempo a mí y a nuestros clientes.

Cuelga el teléfono y se inclina hacia mí.

—Pero puedo simplemente tomar un Uber y estar disponible...
Su voz se apaga mientras mis ojos se posan en sus muslos bronceados.
Mi cerebro enloquece. ¿Es mi imaginación o se ha acercado a mí a propósito?
Los dígitos rojos del reloj me miran. Salgo de mi aturdimiento.
—Tenemos que irnos. Ya resolveremos esto más tarde.
Una parte de mí se alegra de que mi hotel esté lleno porque, bueno, me gusta el dinero.
La otra parte quiere liberarse de esta situación en la habitación. No debería estar aquí con ella.
Y, sin embargo, una tercera parte de mí quiere doblegarla y darle exactamente lo que necesita.
Es una prueba. Me paso una mano por el pelo y aparto la mirada. Todo es una puta prueba.
Se levanta del sofá y rebusca en su maleta antes de contonear su dulce trasero de vuelta al cuarto de baño.
Se prepara en un santiamén y aparece con un vestido dorado que le llega justo por encima de las rodillas.
Dejo de pasearme y me quedo quieto.
—Estás impresionante.
Un rubor rosado se instala en sus mejillas.
—Gracias.
Al final bajamos y la llevo al mejor restaurante de mi hotel.
Presionando en la parte baja de su espalda, mi mano encaja justo en su sensual curva.
Mi cerebro quiere pensar en la cuenta del cliente potencial y en la hermosa tesorería que está en juego, pero no puede.
Se le ha pegado.
Savannah es bastante nueva y no la he visto fuera de la oficina. Me fascina. Su sonrisa es brillante y su piel resplandece, posiblemente por sus largas sesiones en el gimnasio.
Me pilla mirándola y miro hacia otro lado. Se está convirtiendo en un juego. Ella lo sabe.
No sé cómo se ha dado cuenta, pero sabe que la deseo y no puede ocultarlo.
—¿Sr. y Sra. Blake? —pregunta una morena, sacándome de mi fijación—. Encantada de conocerles.
Un visible rubor salpica las mejillas de Savannah.
—Oh no, no estamos casados.
Mi mano casi toca su costado. La retiro y me muevo un poco para no estar tan cerca de ella.
Todavía me sorprende cuando alguien no se ha enterado de los últimos cotilleos y de por qué no estoy casado.
La mayoría de la gente sabe que estoy soltero, gracias a mi ex novia, que difundió tantas mentiras que toda la ciudad llegó a despreciarme.
—Esta es mi asistente, la señorita Savannah Goodwin —corrijo—. ¿Y usted es?
—Fiona. Soy la ayudante del Sr. Wolfe —explica—. Llega tarde y quería que me reuniera con usted en su lugar.
Intentando ocultar mi decepción, golpeo con los dedos mi cinturón de cuero.
—¿No va a venir?
—No tardará en llegar, estoy segura —responde—. ¿Por qué no me cuenta un poco por qué le gustaría asociarse con nosotros?
Mis cejas se disparan. ¿Qué es esto? Esto es una gilipollez. Soy el propietario de una gran cadena de casinos en Las Vegas y soy un puto multimillonario. No necesito explicarle nada a nadie.
—Somos Blake Resorts, la principal cadena hotelera de Las Vegas —afirmo—. ¿Necesito

decir más?

—Sí —responde ella—. Debería.

No me gusta. Algo está mal. Sé que son la principal empresa de entretenimiento, pero ¿por qué tengo que rogar para trabajar con esta gente? Normalmente, es al revés. La gente hace cola para trabajar con Blake.

Tras enumerar algunos datos interesantes sobre nuestra empresa, subrayo su evidente potencial.

—Suenan impresionantes, pero ¿en qué se diferencia del casino de Sterling, calle abajo?

—Mire, no nos andemos con rodeos —aconsejo, sintiendo que me sube el calor al cuello—. Asociarse con nosotros puede ser muy lucrativo. Puede reportarle millones al año.

Ethan Wolfe llega de repente a la mesa.

—Lo siento, Aaron. El tráfico ha sido una pesadilla.

—Ethan. ¡Cuánto tiempo! —saludo, poniéndome en pie y ofreciéndole un cálido apretón de manos.

Pone los ojos en Savannah, que está sentada tranquilamente a mi lado. Hace un gesto hacia ella y me mira.

—No mencionaste que traerías esta... magnífica obra de arte.

—Es mi nueva ayudante —respondo, sintiendo un ligero calor recorrer mis fosas nasales—. Savannah, te presento a Ethan.

Ofrece su mano recatada.

Ethan la sacude y la sostiene demasiado tiempo.

Un leve gruñido se forma en mi garganta. Todo en mí quiere apartar su mano de la suya, pero me calmo. No es así como quiero que acabe esta noche.

Savannah frunce ligeramente las cejas, pero lo salva con una sonrisa.

—Encantada de conocerle. Hicieron un trabajo maravilloso en el concierto de la boda de Riley Summers —dice—. Fue tan vívido. Un trabajo precioso.

Doblo la cabeza, sin saber a dónde quiere llegar. De todos modos, asiento con la cabeza.

A Wolfe se le iluminan los ojos.

—Oh, ¿lo viste?

—Sí, absolutamente. —Savannah ofrece una sonrisa cálida y soleada—. Fue absolutamente increíble. Mi madre y yo lo vimos de principio a fin. Nos sorprendió mucho lo bien que se captó el directo.

—Sí, eso se debe a nuestro increíble equipo —aclara sonriendo—. Trabajan duro para que los eventos de nuestros clientes sean un éxito.

—Confío en que también haya visto nuestros eventos, Sr. Blake —sondea Fiona, mirándome con ojos inquisitivos.

—Sí —respondo, con la mandíbula tensa—. Es la razón por la que te he invitado a participar en la conferencia. Estoy especialmente interesado en trabajar contigo y tu gente para los eventos del año que viene.

—Precioso —expresa Ethan, mirando de mí a Savannah.

Nos sumergimos en la velada, debatimos sobre el futuro y un mundo de posibilidades mientras nos deleitamos con el marisco más rico que ofrece Las Vegas.

Continuamos hasta bien entrada la noche, hablando de planes y brindando por el éxito de cada uno. Al final de la reunión, estoy totalmente relajado y casi seguro de tener a esos clientes potenciales en el bolsillo.

La radiante sonrisa de Savannah ilumina la mesa y no puedo apartar los ojos de ella. No es

solo su belleza. Sabe todo lo que hay que decir y hacer, y su gracia y estilo atraen a todo el mundo a su alrededor. Es casi como si su presencia significara algo para el acuerdo.

Inspiro y exhalo lentamente.

Si gana este contrato para la familia Blake, juro por Dios que la haré la mujer más feliz del mundo.

Chapter 3



Savannah

Abre la puerta de la suite erróneamente compartida y yo entro. Su mano roza la mía y me produce un hormigueo, pero no es la primera vez que su tacto me provoca esa sensación esta noche.

Nos sentábamos tan cerca en la mesa que era raro que no nos tocáramos.

Encuentro su mirada, miro hacia la puerta y trago saliva.

—Puedo volver a llamar para ver si tienen una habitación —sugiero.

No responde, solo mira fijamente con pupilas oscuras e intensas.

Un par de latidos de silencio atraviesan el aire entre nosotros.

Finalmente se frota la barba incipiente en la barbilla.

—Estuviste increíble ahí fuera. No sé cómo lo haces.

—¿Hacer qué?

—No estoy seguro —responde, su rostro se suaviza—. Es que nunca he conocido a nadie como tú.

Una sonrisa curva mis labios.

—Solo hago lo que puedo para no estorbar.

—Es más que eso —responde, clavando sus ojos en los míos—. No pareces doblegarte ante la presión como otras personas.

—Bueno, sé lo mucho que este contrato significa para ti —comento—. Quiero dar lo mejor de mí.

Es verdad. El trabajo con Blake es el mejor que he tenido. Quiero decir, mírame, sentada en uno de los mejores hoteles del mundo con ... él.

—A Wolfe no le importan mis miles de millones ni el prestigio de mis hoteles —admite—. Quieren a alguien con quien puedan trabajar, y esa parte no me resulta fácil. Al menos, ya no.

—No lo sé —contesto, jugueteando con mi collar—. Me pareces un líder nato.

—Gracias, pero me siento tan malditamente aislado —dice, pasándose una mano por su corto pelo castaño—. Ella me hizo esto.

—¿Quién?

—Ginny. Ella me jodió —murmura, bajando la cabeza—. Me preocupaba mucho por ella,

pero las cosas se me fueron de las manos.

Me inclino hacia delante, esperando a que continúe.

—¿Qué hizo?

—De vez en cuando, miraba los extractos de mi tarjeta de crédito y veía todos esos cargos que yo no había hecho —explica, con los hombros caídos—. Al principio, eran pequeños. Quinientos por aquí, ochocientos por allá.

—Guau. —Mi mano vuela a mi pecho—. Es una locura. ¿Tenía acceso a tu cuenta?

—Sí. Le di una tarjeta porque confiaba en ella —responde, con la voz entrecortada—. Los cargos eran menores al principio, pero después de un tiempo, eran dos de los grandes cada vez. Y poco después subieron a cuatro de los grandes, y empezó a ser ridículo.

Tengo unas ganas terribles de estirar la mano y frotarle el antebrazo venoso para consolarlo, pero resisto el impulso.

—¿Le pediste explicaciones?

—No, no podría —revela—. Soy multimillonario, por el amor de Dios. Puedo permitírmelo, y todo el mundo lo sabe, así que lo dejé pasar.

Asiento con la cabeza y él continúa.

—Pero entonces, un día, lo veo: la guinda del pastel. Veinte mil dólares gastados en las Bahamas. El único detalle es que nunca hice ese viaje —dice frotándose el pecho con la palma de la mano.

—Así que pedí a un detective privado que investigara y descubrió que se había estado viendo con uno de mis empleados, el sumiller de uno de mis restaurantes. Se estaba gastando en él el dinero que tanto me había costado ganar. —Aprieta los dientes—. Y me entró un momento de rabia intensa.

—Oh, no —digo, con los músculos en tensión—. No puedo creer que haya hecho eso. Qué horror. ¿Qué pasó después?

—Al final me enfrenté a ella. Fue difícil porque no soy de los que le dan importancia a esas cosas.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que toda mujer tenía derecho a disfrutar de los lujos que la vida le ofrecía —relata, sus ojos adoptando una mirada distante—. Cuando oí eso, enloquecí. Tiré una lámpara a la pared y se rompió en mil pedazos. Acabó haciendo fotos de la lámpara rota y colgando las imágenes en las redes sociales para que todo el mundo las viera.

Un escalofrío de emoción recorre mi cuerpo. No soporto que le haya tratado así.

—Eso es terrible.

—Sí —afirma con voz llana y monótona—. Y luego buscó las imágenes de seguridad de mi cámara del salón y también las compartió con el mundo.

—Dios mío. Es una locura —declaro—. Bueno, nunca he visto las fotos, así que ya deben estar muy lejos.

—Me costó medio millón de dólares retirarlas de Internet, pero ya era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho —confiesa, mirándose las manos—. Después de aquello, todo el mundo me odiaba.

—Qué duro —digo, sacudiendo la cabeza—. Siento mucho que te haya pasado esto.

—Sí, y pensé: que se jodan. Y entonces me fui aislando cada vez más —explica suspirando—. Pero todo este aislamiento social me ha hecho daño en la cartera. He perdido el norte con la gente.

—Mi hermano también es así: aislado socialmente —revelo—. Brillante en muchos sentidos,

pero mucha gente no llega a verlo. Está en el espectro autista.

—Debe ser duro para tu familia.

—Más o menos. Mi madre y yo queremos que vaya al Hertford College —respondo—. Es una oportunidad para que mi hermano asista a una escuela maravillosa, un lugar que apreciará sus puntos fuertes y no juzgará sus diferencias.

Sus ojos se abren de par en par y se dirigen hacia mí antes de apartar la mirada.

—Conozco a alguien que fue allí —revela—. Seguro que le irá bien.

—Sí, yo también lo creo.

Se reclina en un sillón y junta los dedos sin apretarlos sobre el regazo.

—Es bueno tener a alguien con quien hablar de todo esto. Es terapéutico.

—Por supuesto. Es saludable —digo, asintiendo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —afirma—. Dispara.

—¿Cómo es que no podemos hablar así en la oficina?

—Vaya —vocifera, agitando una mano—. No estoy seguro de cómo responder a eso.

—Dime la verdad —exijo, echando los hombros hacia atrás—. Soy una mujer adulta. Puedo soportarlo.

Se da la vuelta y se frota la nuca.

—No deberíamos estar hablando de esto.

—¿Por qué no?

Se levanta y camina hacia la ventana, con la mirada perdida.

—Porque eres una empleada.

—¿Y? —pregunto, me tiemblan las manos—. Solo estamos hablando.

Girando su reloj de oro, me mira brevemente y aparta la vista.

—Savannah, no sabes el efecto que tienes en mí.

Una sensación de aleteo se apodera de mi estómago mientras el corazón me late con fuerza en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

Se gira y establece un fuerte contacto visual.

—Pienso en ti día y noche.

Asiento con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estás luchando contra esto?

—Porque tengo miedo de lo que te haré si me acerco demasiado —revela.

—Pero yo nunca te dejaría —murmuro.

—¿Qué? —pregunta.

Repito las palabras más alto.

—Dije que nunca me iría...

—Entre tú y yo no puede pasar nada, nunca —declara, acercándose. Sus ojos son carnales y crudos.

Sus dedos masculinos me levantan la barbilla y sus ojos se entrecierran antes de buscarme la cara. De repente, se abalanza sobre mí con un beso demoledor, exactamente lo contrario de lo que acababa de decir.

Le devuelvo el beso y encuentro su suave lengua con mi propia pasión.

—¿Qué me estás haciendo? —susurra, arrugando las cejas.

Me agarra la nuca y penetra aún más en mi boca con la lengua.

Un gemido torturado se escapa de mis labios mientras mis manos recorren frenéticas su cintura delgada y musculosa.

Me empuja contra la pared y su bulto me oprime el vientre. Me aprieta y me acaricia el pecho, y su boca devora mis labios y mi cuello.

De repente, se aparta.

—Esto está mal —declara, paseándose de un lado a otro por la alfombra del salón—. Eres mi empleada y yo soy tu jefe. No deberíamos estar haciendo esto.

Se pasa una mano por el pelo, respira hondo por las fosas nasales dilatadas y señala la puerta del dormitorio.

—Esta noche dormirás ahí.

No me muevo, plantando mis pies desafiantes en el suelo delante de él.

—No.

—Maldita sea, Savannah. —Echa humo, aparta la mirada y vuelve a señalar la puerta—. Tienes que irte —ordena, alzando la voz—. Vete, maldita sea.

Todo en mí quiere luchar contra él, decirle que podemos hacer lo que queramos y que seguirá siendo un secreto, pero su mirada severa me dice que no debo hacerlo.

Al entrar en el dormitorio y girarme para cerrar la puerta, mis ojos se cruzan con los suyos en una mirada robada.

—Lo que usted diga, jefe.

Tras cerrar la puerta, apoyo la espalda en el panel de madera blanca y descanso la cabeza.

Me desea, puedo sentirlo.

¿Por qué insiste tanto en jugar a este juego?

Chapter 4



Aaron

El amanecer se cuela por las cortinas y el despertador me mira desde la tumbona del salón. La conferencia es dentro de una hora. Ya debería haber descansado lo suficiente, pero no lo he hecho.

Mi mente está en ella, y mi polla ha estado implacablemente dura, sin final a la vista. Ya es malo que tenga que ir a esta conferencia después de cuatro horas de sueño. Pero si no puedo tenerla, ¿cómo podré calmar este deseo?

La lujuria arde en mi cerebro y no puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

Saber que está en la habitación de al lado empeora las cosas. Muchísimo.

Mi familia no querría esto. Es decir, quieren que me establezca con una esposa por esa maldita herencia, pero nadie asume que tomaré una decisión estúpida y me juntaré con una empleada.

Me froto la cabeza. Es demasiado. Solo la quiero a ella y malditas sean las consecuencias.

Mi respiración se acelera mientras deslizo la mano dentro de mis calzoncillos. Ya he estado aquí tantas veces, acariciándome mientras anhelo su cuerpo fresco y sus deliciosas curvas.

Me hace pasar noches en vela y muchas mañanas frustradas. Sobre todo, cuando entro en la oficina y me mira con esos ojos suplicantes bajo sus elegantes gafas de montura negra. Además, siempre lleva algún tipo de minifalda diminuta. Es como si me suplicara que la follara.

¿Por qué tuvo que hacerme esa pregunta anoche? ¿Y por qué coño iba por ahí sólo con una toalla?

Si era para tentarme, puede que lo consiga. Estoy preparado al cien por cien para ella. Continúo acariciando mi miembro, con la respiración cada vez más agitada.

Unos pasos recorren la habitación y la puerta cruje al abrirse.

Me detengo, cerrando los ojos.

La puerta se abre un poco más y echo un vistazo.

Se acerca al minibar con una camiseta blanca de gran tamaño, coge un vaso y lo llena de agua embotellada.

Todo en mí quiere acercarse a ella. Extiendo el brazo y apoyo la cabeza en la mano, con la mirada fija en ella.

—Hay agua fría en la nevera.

Salta, chillando.

Sin intención de asustarla, salto del sofá cama y la rodeo con los brazos para tranquilizarla.

—Shhh.

—¡Me has asustado!

—Lo siento, no era mi intención.

Mi polla sigue erecta, y soy dolorosamente consciente de ello porque casi sobresale de la ranura abierta de mis bóxers.

Ahora la tengo en mis brazos, y eso es todo lo que me importa.

Es más suave de lo que pensaba.

Sana. Pura.

No puedo dejarla ir y tampoco quiero.

Su respiración aumenta y me mira.

¿Se quedó despierta toda la noche pensando en nosotros?

Aflojo el agarre y retrocedo para inspeccionarla.

Me mira con ojos anhelantes, las cejas fruncidas y la respiración más agitada que antes.

Dios, necesito tenerla.

Su boca se frunce.

Acorto el espacio que nos separa y reclamo sus labios, continuando el ardiente beso que empezamos hace unas horas. Solo que esta vez es más ardiente.

Abre la boca y me deja entrar, deslizando su lengua por la mía.

Me separo de ella.

—No podemos hacerlo —susurro, apoyando su cabeza en mi pecho desnudo.

—De acuerdo —acepta, se echa hacia atrás y se burla de mí. Gotas de sudor se acumulan en su labio superior, y su aliento caliente sopla sobre mi pecho—. Paremos.

—No —gruño, sintiendo que se me arruga la cara—. Te quiero a ti.

Asiente y me besa el pecho. Su tacto me provoca oleadas de excitación en la entrepierna.

Necesito tomarla. Ahora.

Debe de haber sentido mi urgencia, porque un gemido sale de lo más profundo de su garganta antes de arquear la espalda. Sus pezones endurecidos sobresalen a través de la camiseta blanca.

Tomo un pecho y lo aprieto, primero suavemente y luego con fuerza.

Su respiración aumenta.

La acaricio más hasta que me frustra no poder sentir su piel. Mirándola a los ojos, le quito la camiseta.

Pierdo la noción del tiempo y el espacio al contemplar sus pechos perfectamente formados. Me meto en la boca un pezón de punta rosa y chupo mientras masajeo el otro con mano firme.

Cuando me pongo de pie, mi bulto endurecido presiona contra su vientre desnudo y suplica ser libre para explorarla.

Me bajo los calzoncillos y los tiro al suelo.

Sus ojos bajan hasta mi enorme pene y jadea.

—Oh, mi...

—Sí, soy un hombre grande, pero te la meteré despacio, ¿vale? Iremos despacio, cariño. Te lo prometo.

Ella asiente con la cabeza mientras sus grandes ojos parpadean.

—Sí.

La punta de mi polla rebota una o dos veces en su suave carne y un poco del jugo medicinal se pega a su vientre, así que se lo masajeo.

Su cuerpo tiembla bajo mis dedos.
Mis dedos se adentran en territorio húmedo para encontrar un bendito y cálido refugio.
Separa ligeramente las piernas y levanta su dulce culo para darme acceso. Lo desea, igual que yo.
Acaricio su culo con la palma de la mano y exploro sus resbaladizos pliegues mientras ella está sentada y preparada.
Mi miembro tiene muchas ganas de estar dentro de ella, pero sé que me arrepentiré de no haber explorado antes su cuerpo.
La estrecho entre mis brazos y la llevo al sofá cama, donde se convertirá en mía.
Sus manos femeninas se aferran a mis bíceps y hombros mientras descendo para saborear la piel de su vientre.
Abriéndose de piernas para mí, me permite examinar el alcance de su húmedo deseo.
La lavanda y la rosa llegan a mis fosas nasales. Lo inhalo profundamente, dejando que me calme y me controle.
El vello de su montículo forma un triángulo rubio, como si lo hubiera preparado para mí.
Sabía que iba a por ella. Debía saberlo.
Honrando la belleza de su reinado femenino sobre mí, trazo el montículo antes de deslizar mis dedos en la húmeda entrada.
Arruga las cejas y suelta un gemido gutural.
Exhalo largamente. He deseado esto durante tanto tiempo.
Introduzco la lengua directamente en su clítoris, lo rodeo y lo consumo hasta que la oigo suplicar clemencia. Entonces lamo sus jugos salados y lo rodeo aún más.
Seguimos así hasta que decido que está lista para experimentar el éxtasis. Doy vueltas más y más rápido sobre el capullo hinchado hasta que la oigo ceder.
Grita y levanta la pelvis para vaciarse en mi boca hambrienta. Poco después, su cuerpo tenso se estremece bajo mi lengua.
Levantándome, acaricio mi cuerpo una o dos veces. Su carne sensual me hace desear derramar mi semilla sobre ella.
El sol del desierto entra por la ventana y le da justo en el cuerpo, haciéndola resplandecer y brillar sobre el mullido edredón.
Mi miembro está listo para entrar en ella. Coloco la larga vara en su entrada y la presiono, centímetro a centímetro.
Tiene la boca abierta, pero no emite ningún sonido.
—¿Estás bien, cariño? —pregunto.
Ella traga saliva.
—Sí. Es grande, pero lo quiero dentro de mí hasta el fondo. Por favor, Aaron.
—Sabes lo que quieres —comento, empujándola aún más dentro del canal—. Eso me gusta.
Ella gime en respuesta y levanta la pelvis para recibir más. Se muestra complaciente y ansiosa, tal y como esperaba.
Le paso la mano por un lado de la cara y le acomodo un mechón de pelo dorado detrás de la oreja.
—Buena chica.
La recompenso con más longitud, sujetándole la muñeca para estabilizarla y metiéndosela otra vez. Quiero que se estire antes de bombearla con más fuerza, para que se sienta bien sin dolor.
Grita mi nombre con los ojos en blanco. Responde bien y no tarda en abrir aún más las piernas para mí.

—Así, Aaron. No pares.

Empujo con más fuerza y rapidez, gruño y casi pierdo mi semilla en su húmedo canal. Se siente tan bien que apenas puedo controlarme. Es la primera vez. Disminuyo la velocidad y acompaso el instrumento masculino, tomándome mi tiempo para sentir cada cresta de su carne suplicante.

—Dulce misericordia. Eres preciosa.

Me pasa la mano por el antebrazo venoso y me rodea el trasero con sus piernas flexibles, ayudándome a penetrarla.

El sentimiento es tan correcto. No se parece a ninguna otra.

Me clava las uñas en la espalda y vuelve a gritar mi nombre mientras alcanza el clímax.

Beso el lóbulo de su oreja, con la respiración cada vez más agitada y el cuerpo temblando por el clímax. Estoy a milisegundos de explotar, pero esto no puede acabar.

Ella es todo lo que necesito.

Conteniendo la respiración, le susurro al oído.

—¿Te doy mi semilla?

Chapter 5



Savannah

Más oleadas de excitación me golpean y otro clímax se acerca con fuerza. No sé qué me acaba de decir, pero asiento con la cabeza por costumbre.

—Sí. —Vuelvo a asentir, susurrando—: Sí.

Gruñe y su cabeza se balancea hacia atrás un instante antes de que su gemido aumente. La vena de su virilidad palpita durante unos latidos antes de ralentizarse y, finalmente, detenerse.

Nuestras respiraciones siguen descontroladas mientras le paso los dedos por el pelo húmedo.

Sonaba como «semilla», pero no estoy segura al cien por cien.

Me besa la frente y se desploma a mi lado.

Una vez que mi respiración se ralentiza, le pregunto:

—¿Qué me dijiste al final?

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste algo al final, cuando te corriste.

Sus ojos se abren de par en par antes de que su mirada recorra la habitación poco iluminada.

—No. —Pellizcándose el puente de la nariz, cierra los ojos—. Lo siento. Estaba en el momento. Esto no me había pasado nunca.

Mi cabeza se inclina hacia un lado mientras espero más explicaciones.

Su atención se desvía hacia mí y separa sus labios masculinos.

—Mi semilla. Te pedí que tomaras mi semilla —confiesa con voz entrecortada—. Que lleves a mi hijo.

La adrenalina se dispara por mis venas. Supuse que se había corrido dentro de mí, pero no me di cuenta de que era el objetivo.

Se queda callado, estudiando mi reacción.

Mi cerebro se revuelve.

—¿Quieres que tenga tu hijo?

Una visible sacudida baja por su garganta.

—Lo sé, es una locura. Deberíamos haberlo hablado antes. No tengo derecho a violar tus derechos, y...

—Aaron.

Se detiene a mitad de frase.

—¿Sí?

Respiro y levanto la barbilla.

—Será un honor.

Se queda con la boca abierta antes de que se le iluminen los ojos.

—¿Qué?

—Sí —respondo—. Quiero tener tu bebé.

Ya se ha corrido dentro de mí, y es un poco después del acto, pero quiero este vínculo con él.

Ya no tiene sentido ocultarlo. Le miro a los ojos y decido contarle mi secreto.

—Estoy enamorada de ti desde hace mucho tiempo.

—Dios mío. —Su voz está llena de emoción—. No sabes lo feliz que me hace esto.

Me lloran los ojos. ¿Está pasando esto de verdad?

Me da besos apresurados en el hombro y la clavícula.

—Es la mejor noticia que he oído nunca.

Un zumbido procedente del teléfono le saca de su incrédulo aturdimiento.

—Mierda —suelta, mirándome.

—¡La conferencia! —exclamamos al unísono.

Se me acelera el pulso.

—Me olvidé por completo —admito, recogiendo mi camisa—. Siento llegar tarde otra vez, señor.

Una sonrisa brota de su boca y sus hombros se levantan antes de sacudir la cabeza.

—Ya no tienes que llamarme así. Quiero decir, me gusta, pero no tienes por qué hacerlo.

Me relamo los labios para humedecerlos y pongo una mano en su musculoso bíceps.

—A mí también me gusta.

Entierra sus ojos en los míos.

—¿No debería castigarte por tu tardanza?

El calor se extiende por mi cuerpo mientras bajo la mirada hacia su virilidad.

Ante mis ojos, su polla se levanta lentamente y se transforma en una obra maestra hinchada.

—Me estás excitando otra vez —dice, antes de bajar la vista y mirar las pantallas de su teléfono.

—Es Ben —informa, levantando la vista del teléfono—. Está cabreado.

Ben es su mejor amigo y vicepresidente financiero de Blake. En última instancia, también es mi jefe y, extrañamente, nunca le he visto enfadado. Ahora que lo pienso, nunca lo he visto mostrar ninguna emoción en absoluto.

Miro a Aaron.

—Dile que bajaremos.

Asiente con la cabeza.

—Le diré que mantenga el fuerte, mientras tanto. Es como una máquina en este tipo de cosas.

Una sonrisa curva mis labios.

—Solo dile que el ascensor se atascó o algo así.

Arquea una ceja y me entiende.

—Sí. Lo del ascensor es cosa de familia.

Intercambiamos un par de risitas y luego vienen más carcajadas.

Sus ojos acaban posándose en mí.

—Este es el mejor momento que he tenido en mucho tiempo. No quiero que se acabe. Casi no quiero ir a la conferencia.

—Pero deberíamos ir —sugiero—. Este contrato significa mucho para ti y tu familia. Lo lamentaremos si Wolfe se echa atrás.

—Sí, tienes razón. Daremos la cara, pero luego volveremos a subir. —Sus ojos ansiosos se posan en mi vientre—. Tenemos mucho que discutir.

Asiento con la cabeza mientras una sonrisa temblorosa se dibuja en mis labios.

—Sí, así es.

Se acerca, pone una mano sobre mi vientre desnudo y posa sus ojos en él.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

Coloco mi mano sobre la suya.

—¿No está ya hecho?

—Tienes un descaro que no conocía. —Arruga las cejas y su mano firme no tarda en aventurarse hasta mi vientre—. Vuelve a sentarte —me ordena, empujándome de nuevo al sofá cama—. Deberías ser castigada.

Mi canal aún está húmedo por nuestra escapada, pero ahora me recorre una nueva excitación.

—¿Qué pasa con la conferencia?

—¿Qué conferencia? —me responde, hundiendo la cabeza en mi pecho y llevándose un pezón endurecido a la boca—. Ahora mismo no me importa nada de eso.

Puede que esté bromeando, pero su cara parece paralizada.

Mi respiración aumenta mientras mi canal se inunda de anhelo. Me recuesto y abro las piernas para él.

Me mete la larga y gruesa vara sin reservas y empieza a machacarme enseguida.

Con el nuevo sudor pinchándonos en la cara, nuestras pesadas respiraciones no tardan en entrelazarse.

Su mirada está enloquecida por una mezcla de lujuria y codicia.

Mi cuerpo está deliciosamente dolorido, pero no me importa.

—Te sientes tan bien dentro de mí.

A eso, gruñe y bombea la enorme polla más dentro de mí.

La habitación está en silencio, salvo por nuestras respiraciones agitadas y nuestros gemidos.

Mi clímax llega de nuevo con fuerza y grito.

Poco después, eyacula su fluido viril en todas las paredes de mi canal. El palpitir familiar me trae de vuelta a cuando lo había hecho una hora antes. Cuando me había dado su... semilla.

Después, se desploma a mi lado.

Le sonrío.

—A este paso, me darás gemelos.

Deja de respirar y me mira a los ojos.

—Eso espero.

Me da dos golpecitos en el culo con la palma de la mano, una sonrisa curva el borde de sus labios.

—No sé qué hechizo tienes sobre mí, pero preparémonos para esa conferencia antes de que vuelva a perder el control.

Un sol radiante atraviesa las cortinas y me calienta la espalda. Sonrío.

—Sí, señor.

—Dios mío, ven aquí. —Me coge en brazos y me rodea el culo, que sigue desnudo—. Me estás volviendo loco.

Mirándome con las pupilas dilatadas, me alisa el pelo.

Respiro largamente y apoyo la cabeza en su pecho fuerte y musculoso. Hacía mucho tiempo

que no me sentía tan bien, o quizá nunca.

—Tenemos que irnos.

—Ah, sí. —Se separa, asintiendo—. Continuará.

Nos ponemos la ropa en un santiamén y bajamos en ascensor, tirando de ella y metiéndola en la cintura para tener un aspecto medianamente decente.

—Solo hemos tardado tres horas en salir de allí —comenta Aaron, rodeándome la cintura con un brazo y besándome la parte superior de la cabeza—. Espero que sean indulgentes allí abajo.

Nuestro reflejo en el espejo me llama la atención.

Aaron está impresionante con su ceñido traje gris, sus grandes músculos dan vida a la tela.

Yo, en cambio, parezco un desastre. Mi maquillaje es apresurado y mi moño parece descentrado. Me aliso el cuello de la camisa blanca de seda e intento combinarla mejor con la falda lápiz.

Aaron me mira a los ojos.

—Eres lo más hermoso que ha adornado este edificio. Cuando lo construimos, no tenía ni idea de *que* lo atravesarías.

Una lenta sonrisa arruga mi boca. Es como si viera otro lado de él que no sabía que existía.

El ascensor llega abajo y Aaron hace una pausa antes de enderezar la postura. Apoya la mano en la parte baja de mi espalda y levanta una ceja.

—Allá vamos.

Salimos del ascensor y entramos en el amplio y concurrido vestíbulo de la conferencia.

Se detiene, con los ojos muy abiertos.

Me detengo y vislumbro su vista.

Allí, en el centro de la sala de conferencias, están Ethan Wolfe y su fría ayudante de anoche. Una tercera mujer está allí, y nos mira directamente.

—Joder —pronuncia Aaron, con los ojos clavados en la escena.

Trago saliva y le miro.

—¿Quién es ella?

—Mi ex —gime.

Contengo un grito ahogado.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Estamos a punto de averiguarlo —responde con un lado de la boca—.

Ethan, Fiona, y... —Su mandíbula se tensa—. Ginny.

Ethan y Aaron se dan la mano mientras Ginny finge mirar otros intereses.

Fiona esquiva mis ojos y nadie se molesta en presentarme a Ginny.

—Me alegro de veros esta mañana —saluda Aaron, cambiándose y casi dando la espalda a las dos mujeres para hablar con Ethan—. Confío en que hayáis dormido bien en nuestras habitaciones de arriba.

—Es tarde —responde Ethan, mirando su reloj de lujo plateado—. Estábamos a punto de almorzar y acabamos de empezar a discutir si estabas demasiado ocupado para hacer acto de presencia hoy.

—Lo siento —se disculpa Aaron, desviando su mirada hacia mí antes de arrastrarla de nuevo a Ethan—. Me he liado con un asunto importante.

—Es culpa mía —suelto—. Estábamos ocupados ideando un bonito plan de operaciones para nuestras dos compañías, si decidimos unir fuerzas.

A Ethan se le ilumina la cara.

—Ahh, me encantaría ver ese plan, Savannah.

—Sí, por supuesto —respondo, recordando la afición de Ethan por el arte—. De hecho, nos encantaría dar el pistoletazo de salida a la asociación con una champaña multitudinaria y una subasta de arte, a la que acudieran los más prestigiosos coleccionistas de alto standing.

Ethan jadea, cruza los brazos sobre el pecho y me mira.

—Me gusta a dónde va esto.

Ginny cambia de postura y me mira fijamente. Sus ojos bajan hacia mi cuerpo y vuelven a subir para continuar con su gélida mirada.

Aaron me rodea la cintura con una mano protectora. Luego aparta la mano cuando parece darse cuenta de lo que ha hecho en público.

Ginny lo observa. Ella lo sabe.

—Ethan, eres una empresa de entretenimiento —comienza Ginny—. No creo que esto sea lo correcto...

Ethan extiende la palma de la mano hacia Ginny, que cierra la boca.

Me apoya un brazo en la espalda y me señala un restaurante.

—Hablemos de esto mientras comemos. Tengo hambre.

Con un gesto de aprobación, Aaron me apoya la mano en la espalda mientras camina hacia el otro lado.

Ahora estoy entre dos bestias altas y musculosas, pero no me importa. Puedo jugar a este juego de negocios tan bien como los chicos.

Todos vamos a un restaurante donde bebemos el mejor champán y comemos la comida más deliciosa, como hicimos la noche anterior.

Me excuso y me dirijo al baño de señoras.

Cuando lo encuentro, empujo la puerta para entrar, y una repentina ráfaga de viento sopla detrás de mí para cerrarla de golpe.

Es Ginny. Con la nariz encendida, gira la cerradura y se apoya en la puerta. La rabia hierve en sus ojos.

—Ya veo lo que intentas hacer, zorra estúpida. Quitas las manos de Aaron. Es mío.

Mis brazos vuelan hasta cruzarse sobre mi pecho. Ella no me asusta. Lo que le hizo a Aaron fue horrible, pero no tiene nada contra mí.

Centro los pies en el mármol del baño y la miro fijamente.

—¿Tuyo para manipularlo y usarlo?

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, ¿verdad? —escupe—. Toda la familia Blake solo busca máquinas reproductoras tontas para poder sacarle el dinero a su abuela de pacotilla.

Ella no puede saber que Aaron ya me *tomó*, pero su uso de la palabra es risible.

—Vale, ¿entonces dónde me apunto? —me burlo.

Su cara se frunce.

—¿No deberías estar pensando más en apuntar a tu hermano pequeño a Hertford? He oído que le vendría bien una mano.

Me estremezco y se me cae la sangre fría de la cara.

—¿Cómo sabes lo de mi hermano?

—El padre de un amigo es el decano —responde ella.

Casi se me doblan las rodillas. Solo hay una persona que podría haberle hablado de mi hermano. Es Kira, mi mejor amiga. La quiero a muerte, pero tiene la mala costumbre de ponerme en altavoz cuando hablamos.

Una opresión me aprieta la mandíbula.

—Sí, así es —asiente—. Ya lo sé.

—No te acerques a él. —Aprieto los dientes—. Él es...

—¿Espectro autista? —interrumpe, terminando mi frase—. Lo sé. De ahí lo de Hertford.

—Mantente alejada de él o serás tú la anulada —advierto—. A la prensa le encantará saber lo último sobre Ginny.

—Tengo una propuesta diferente —suelta, con un tono más alto—. Mantente alejada de Aaron, y me aseguraré de que tu hermano entre con éxito.

Trago saliva.

—¿En Hertford?

—Así es. Yo soy la zorra que puede mover esos hilos. Lo único que tienes que hacer es salir de aquí tranquilamente y no volver a poner un pie cerca de Aaron —propone, frunciendo los labios—. Entonces meteré a tu hermano en Hertford, y Aaron conseguirá su trato con Ethan. La elección es tuya.

Un repentino ataque de náuseas me golpea el vientre y siento que el corazón se me encoge. Me llevo una mano al abdomen y retrocedo un paso.

Tira del mango de la puerta y vuelve a mirarme.

—Y una cosa más. Las manos fuera de Ethan Wolfe. Es mi prometido.

Chapter 6



Aaron

Mientras bebo champán en mi restaurante, echo un vistazo a los asistentes a la conferencia.

Es la hora de comer, y la gente se da la mano y pasa un buen rato con sus colegas y socios comerciales.

Respiro con satisfacción. El éxito del evento es crucial para nosotros. Los accionistas—entre los que se encuentran tres de mis hermanos— estarían encantados.

Miro a Ethan a los ojos.

—Estoy seguro de que este será tu trato más lucrativo en la historia de Wolfe Media.

—Sí, estoy deseando ver lo que hacemos juntos. Además, has formado un equipo magnífico —comenta Ethan, pasando el dedo por el tallo de su copa de champán—. Savannah, ¿de dónde es?

Se ha interesado por Savannah, y no me gusta, pero decido seguirle la corriente y ocuparme de ello más tarde.

Justo cuando abro la boca para responder, Ginny se acerca a la mesa con una sonrisa de satisfacción. No dice nada, me mira y se sienta junto a Wolfe.

Susurra algo al oído de Ginny.

Ginny se tapa la boca con una risita y, instantes después, le planta un gran beso en la boca a Wolfe.

Estoy harto de esta farsa. Sé que Ginny se marchó en cuanto Savannah se fue. Ahora, en la mesa, la miro fijamente a los ojos.

—¿Dónde está Savannah?

—No lo sé —responde Ginny con el dedo índice apuntando a su boca. Mira a Wolfe y luego a mí—. Dijo que no se encontraba bien. Pobrecita. ¿Quizá ha bebido demasiado?

Mi paciencia se agota. Exhalo un suspiro y aparto la mirada de su horrible rostro.

Justo cuando pienso en buscar a Savannah, veo a una rubia que sale corriendo del restaurante. Ella mira hacia atrás.

Es ella.

Mi mente se agita mientras me levanto de la mesa.

—Disculpadme un momento, por favor.

Avanzo a paso ligero hacia la salida. Mis piernas son mucho más largas que las tuyas, así que no me cuesta mucho esfuerzo alcanzarla.

—Savannah.

Se queda inmóvil y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo que irme.

—¿De qué estabais hablando ahí dentro?

Aprieta los labios, pero no dice nada.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Qué te dijo?

Savannah sacude la cabeza y mira hacia abajo.

—Este juego es demasiado grande para mí. Solo estoy causando drama y reteniéndote.

—¿Qué? Eres la mejor asistente que he tenido —proclamo—. Wolfe va a firmar con nosotros gracias a ti.

Rompe el contacto visual.

El calor me recorre el cuerpo. ¿Por qué me deja ahora? Tengo que hacerle entender que esto no está bien.

—No entras en mi vida, me follas sin sentido en una habitación de hotel y luego te vas.

Una lágrima rueda por su mejilla enrojecida.

—¿Crees que se trata de eso? ¿Yo, logrando una aventura de una noche contigo?

—No, no lo sé —respondo, una opresión se apodera de mi pecho—. ¿Por qué no me dices de qué va esto?

—No tengo por qué darte una razón —replica ella, medio tapándose la cara. Respira hondo—. Que sepas que anoche fue la mejor noche de mi vida, y lo siento, pero tengo que irme ya.

Se da la vuelta para marcharse.

La tomo de la muñeca para atraparla.

—¿Por qué haces esto? ¿Ginny te dijo algo?

—Suéltame, Aaron —exige con voz severa.

Los espectadores se detienen y miran.

Soltando su muñeca, me encajo las manos detrás de la cabeza.

—Dijiste que nunca te irías.

Cae en saco roto.

Todo a mi alrededor gira: el restaurante, la gente, las máquinas tragaperras... todo parece ralentizarse.

Se ha ido.

Savannah

Lucho por abrir la puerta del piso que comparto con mi madre y mi hermano pequeño, pero me doy cuenta de que está atascada a medio camino y apenas me deja espacio para pasar.

Unos gruesos pantalones de chándal negros están tirados por el suelo, impidiendo que se abra la puerta. Recojo los pantalones y los doblo sobre la mesa auxiliar, que está llena de tazas

manchadas de café y platos sucios.

Apilo los platos y los llevo a la cocina. La cocina está atestada de cuencos con costra, sartenes sucias y cajas de cartón con pizzas a medio comer.

Vuelvo al pasillo y arrastro mi equipaje por la alfombra marrón del pequeño apartamento.

Lo más probable es que mi hermano Oliver esté trabajando de 9 a 5 en la Agencia Tributaria, donde ayuda a la gente a calcular sus declaraciones.

Es ridículamente inteligente, pero la mayoría de la gente no se da cuenta a primera vista. Así que, sin un título que mejore su currículum, su crecimiento se ve frenado.

El Hertford College le ayudará con eso. Tienen programas especiales para neurodivergentes. Conseguir que entre en ese colegio es lo único que importa ahora.

—¿Mamá? —llamo.

Nadie contesta, así que compruebo su habitación.

Está roncando tranquilamente en su cama con una botella de Jack abierta en la mesilla de noche.

Cierro la botella y la dejo sobre la cómoda.

Mamá se puso así desde que papá se fuera. Ser madre soltera de dos niños es duro, sobre todo cuando uno de ellos está en el espectro autista, así que no la culpo.

Tiro de las mantas sobre sus delgados hombros y cierro la puerta.

El apartamento desordenado, sin embargo, me fulmina con la mirada. Me quedé demasiado tiempo en el hotel. De hecho, era lujosamente hermoso... era hermoso.

Pero he vuelto a casa con una rápida dosis de realidad, y hay trabajo por hacer.

Hoy el tiempo es frío y gris, algo muy poco habitual en el valle. Miro fijamente por la ventana sucia la vista de la montaña.

La vista no es perfecta. Hay un descampado arenoso lleno de basura e hileras de caravanas entre aquí y las montañas, pero es lo que tengo, y me tranquiliza.

Retiro un montón de ropa del sofá, me hago un hueco y me dejo caer en él. Se me saltan las lágrimas.

Las últimas 24 horas han sido una farsa, y lo único bueno que ha salido de ellas es haber experimentado por fin a Aaron a puerta cerrada. Fueron 24 horas cortas, pero era una bestia en la cama, y es bueno saber que estaba tan hambriento de mí como yo de él.

Sin embargo, ya se ha acabado y, de todas formas, no era más que un cuento de hadas. Nunca será mi vida.

Pero, ¿y si hay un bebé? ¿Y después?

Si pudiera hacerme una prueba de embarazo.

Mi teléfono suena en vibración y la cara de Kira aparece en la pantalla.

Tomo aire, relajo los hombros y cojo la llamada.

—Hola.

—Oh. —La voz de Kira resuena en la línea. Por lo general es alegre, pero ella me conoce, y hoy, su voz está teñida de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

—Pasó Ginny —respondo, con voz llana.

Se produce un breve silencio.

—Uhhh, vale —responde Kira, con voz vacilante—. No te refieres a Ginny Bailey, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Sí, a esa misma.

—Vale, tengo algo que decirte —empieza, con la voz vacilante—. Ayer me encontré con alguien en el mercado. Era muy simpática y dijo que era amiga tuya, así que pensé... Yo... creo que metí la pata.

Kira es una buena persona, y nunca haría nada que me causara daño, así que la saco de la ecuación inmediatamente.

—No te preocupes. No es culpa tuya —le aseguro—. En realidad Ginny me está ayudando a meter a mi hermano en Hertford.

—Bien. Uf. Eso es lo que pensaba —respira, su voz se relaja—. Bueno, ¿por qué estás tan molesta por eso?

—Porque Ginny es la ex-novia de Aaron.

—Oh, no —dice ella—. Lo siento mucho. Te juro que no lo sabía.

Obviamente dice la verdad. Después de todo, Aaron puede ser un nombre familiar para algunos, pero no espero que todo el mundo siga su vida tan de cerca como yo.

—Lo sé, lo sé —afirmo, tratando de hacerla sentir mejor—. Tenía que pasar. Pensé que podría tener mi pastel y comérmelo también, pero eso está lejos de ser el caso.

—Siento que me estoy perdiendo algo ahora —señala—. ¿Qué pasó exactamente?

Empiezo hablándole de la confusión en la habitación del hotel de la conferencia y de cómo no podíamos mantenernos alejados el uno del otro. Exhalo.

—Fueron las 24 horas más bonitas de mi vida.

—Ya lo creo —comenta—. Llevas deseando a este tipo un par de siglos.

—Sí, y ahora se acabó —revelo, con el pecho dolorido—. También perdí el trabajo.

—¿Qué? —suelta—. ¿Cómo?

Vuelvo al tema de Ginny.

—Me dijo que metería a mi hermano en Hertford si hacía una sola cosa.

—Déjame adivinar —dice—. Mantenerte alejada de Aaron.

—Bingo —confirmo—. Todavía no veo cómo lo sabía, sin embargo. Apenas nos habíamos enrollado esta mañana.

—Probablemente lo olió en ti.

—Cierto —digo—. No nos duchamos después.

—Umm, eww —gruñe—. Lo que quiero decir es que probablemente lo vio escrito en vuestras caras, especialmente si aún estabais sensibles cuando llegasteis allí.

—Sí. —Entiendo lo que dice—. También es porque su prometido es el jefe de la empresa con la que intentamos conseguir el contrato.

—Parece que solo quiere ser la mujer al mando —concluye la voz realista de Kira—. Tiene envidia.

—Sí —afirmo—. Me quiere fuera de todo, y ofrecer esta admisión en Hertford es su forma de conseguirlo.

Un suspiro resuena a través del teléfono.

—Mierda. No puedo creer que siga intentando controlar a Aaron cuando está a punto de casarse. Pobre prometido, sea quien sea.

—Dímelo a mí. Es como un sendero de fuego, quemando todo lo que ve —comento—. No sé qué hacer.

—¿Sobre qué? Ya te has divertido. Ahora es el momento de aprovechar esa oferta de Hertford para tu hermano y buscarte otro trabajo —aconseja—. Has trabajado para Aaron Blake. A cualquiera de la ciudad le encantaría tenerte a bordo.

Ella no lo sabe todo.

Cierro los ojos y me trago el nudo que tengo en la garganta.

—No se trata del trabajo.

—¿Entonces qué?

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras me agarro el pecho.
—Me dijo que quería que tuviera a su hijo.
Se hace el silencio en la línea.
—¿Y? —pregunta.
—Y yo estuve de acuerdo. Por lo tanto, él... nosotros...
—Savannah. —Kira suelta un suspiro mientras dice mi nombre—. No lo hiciste.
—Lo hicimos.
—Uhhh —dice ella, con voz vacilante—. Esta es otra conversación, cariño. Pero tienes que pensar primero en ti. Vas a tener un bebé, su bebé. Digamos que...
Un mensaje entrante silencia el teléfono un momento y su voz se apaga.
Al mirar el mensaje, se me acelera el pulso.
Es él.

Aa

Necesito verte. Ahora

Chapter 7



Aaron

Todo esto se ha ido a la mierda. Todo, el trato con Wolfe, mi estúpida idea de tener un bebé y, lo peor de todo, mi relación con Savannah.

Relación es como yo lo llamo, pero es más como un intento a medias de conseguir algo significativo en la vida. No importa en este momento porque ya está hecho.

Ni idea de por qué se ha acabado. Simplemente es, y ella no responde a ninguna de mis llamadas o mensajes.

Hago una bola con la camiseta y la tiro con fuerza contra la pared. De un salto me subo a la barra estática, me levanto del suelo y hago dominadas repetidamente hasta que siento que me duelen los hombros.

Luego salto a la colchoneta. Un minuto después, repito el proceso.

El teléfono vibra en el banco de pesas. ¿Podría ser ella?

Mis pies golpean el suelo y cojo el teléfono.

No es Savannah. Es Ben, mi mejor amigo, enviándome un mensaje.

Paso el dedo para leer su texto.

I

Tengo media docena de mensajes de Ginny. ¿Qué coño?

Se me escapa un gemido de la garganta. Han pasado cinco días desde la conferencia. Cinco días desde que pensé que empezaba algo nuevo e interesante con la mujer de mis sueños.

Ben ya lo sabe porque vio cómo el trato se iba a la mierda y no me ha visto en días.

Secándome con la toalla, respondo.

Yo:

¿Qué ha dicho?

Después de que Savannah huyera, había intentado sacarle la información a Ginny, pero la muy imbécil amenazó con decir a la prensa que me estaba follando a mi empleada.

No sé cómo se enteró de lo mío con Savannah, pero deja que a Ginny se le ocurra algo tan atroz.

¿En qué momento Ginny me deja en paz? ¿Por qué tengo que ser acosado por esta cazadora de influencias de por vida?

Pasando al número de Ben, lo pongo al teléfono.

—¿Qué dijo Ginny?

—Ginny quería que llevara al hermano de Savannah a Hertford —responde su voz grave.

—¿Qué? —pregunto.

—Sí, sí. Como si nada —comenta Ben—. Quiere que mi padre acepte al hermano de Savannah. ¿Cómo es que Ginny sabe tanto sobre Savannah?

Mi cerebro conecta los puntos.

—Ginny debe haber llegado a Savannah ese día en la reunión. Probablemente la amenazó o algo así.

Ben se queda callado un momento.

—¿Es por eso que Savannah ha dimitido?

—¿Qué? —Mi pulso se acelera—. Ella no ha dimitido.

—Puso su carta de dimisión en tu mesa ayer por la mañana. No la viste porque has estado *enfermo* durante días.

Se me escurre la sangre fría de la cara. Sí, claro, estaba enfermo. Después de la conferencia, me había presentado en la oficina, pero ella no estaba allí, y yo no podía soportar ver su silla vacía. Así que hice lo que cualquier hombre haría en mi posición. Me fui.

—Estamos tratando de hacer tratos aquí, Aaron —me sermonea Ben—. Recuerda, este también fue el día en que tu culo no apareció porque estabas arriba, tirándote a Savannah. Salvé ese trato con Wolfe y luego vi cómo lo volvías a destrozar.

—Me doy cuenta.

A veces, Ben puede ser tajante.

—Savannah no es Ginny —informo—. Ginny es una bomba infernal. Intentó arruinarme la vida, ¿recuerdas? Savannah es, bueno, Savannah. No hay nadie en la tierra como ella. Ella es sol toda la semana.

Ben no tiene ni idea de lo que es desear tanto a una mujer que renunciarías a todo tu sustento solo por pasar un día con ella.

—Gracias por explicarme que Savannah no es Ginny —vocaliza Ben, en voz baja.

Intento reírme, pero tengo la garganta seca y estoy de pie sobre un charco de sudor. Se me ocurre una idea.

—Eres mi mejor hermano y quiero pedirte algo.

—Te lo agradezco —responde—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría que metieras al hermano de Savannah en Hertford —digo—. Son una familia maravillosa. Se lo merecen.

Pasan un par de latidos de silencio.

—Ya lo he investigado —responde.

Mis hombros adquieren una repentina ligereza.

—¿Sí? —pregunto.

—Sí —afirma—. Su hermano parece el candidato ideal. Su nota media es de 4,0. Igual que la mía cuando fui allí.

—Hmm —digo—. Siempre pensé que el tuyo era un 2.9 constante.

—Qué gracioso —responde.

Nos reímos entre dientes.

—Le pedí a mi padre que hiciera una recomendación completa —informa—. Lo agilizaron, y el hermano de Savannah debería recibir sus papeles de admisión en un par de días.

—¿Qué? Vaya.

—Sí —afirma—. Hacemos cosas así por nuestros empleados.

—Me vas a hacer llorar, tío. —Lo digo en broma, pero casi siento que se me llenan los ojos de lágrimas—. Eres un buen amigo. Un maldito buen amigo.

—Esta llamada se está poniendo rara —comenta—. Me voy.

Me río.

—No, en serio, tío. Gracias.

Se produce una pausa y casi puedo verle meciéndose en la silla con cara de satisfacción.

—Así que —comienza, su voz tranquila y juguetona—. Pensé que habías dicho que pasabas de las mujeres.

—Lo dije —respondo—. Pero eso fue antes de que Savannah apareciera en mi vida.

Colgamos y pasan dos segundos antes de que marque su número. Mi cerebro está ansioso por oír su voz, y ahora tengo otra razón para llamarla.

Necesita saber exactamente lo que está pasando. Una vez que tenga la información, podrá tomar una mejor decisión, y si todavía quiere dejarme, que así sea.

Pero haré todo lo que pueda para asegurarme de que eso no ocurra. Porque... ella es mía. Lo ha sido desde el momento en que entró en mi oficina y dijo hola.

Su voz familiar contesta al teléfono, abriéndome el pecho y enviándome mariposas por el vientre.

—He oído que has presentado tu carta de dimisión —empiezo.

—Lo hice —responde en un tono de naturalidad—. Ha sido un placer trabajar contigo, pero es hora de que despliegue mis alas y explore otras opciones.

Su actuación profesional no me engaña. De hecho, casi puedo ver sus inocentes ojos mirándome ahora mismo.

La quiero otra vez, joder, pero primero tengo que hacerle entender lo que pasa.

—Savannah —empiezo—. Sé lo que hizo Ginny.

Hace una pausa.

—Es lo mejor. Tú y yo nunca deberíamos habernos involucrado el uno con el otro. Solo complica todo lo que estás tratando de lograr con la empresa. Hablando de eso, ¿firmó Wolfe?

—No —respondo—. El trato se cancela, obviamente, porque no estás allí.

—Esto es exactamente de lo que estoy hablando. Ginny no me habría atacado así si tú y yo no nos hubiéramos juntado —comenta—. Entonces habrías conseguido ese trato sin problemas.

—Me importa una mierda el trato, Savannah.

—Bueno, Ginny...

—Ginny no es tu jefa —le recuerdo, con voz firme—. Yo lo soy.

—No. Escúchame —exige—. Ginny tiene los contactos necesarios para que mi hermano entre en Hertford. Ahora... puede que sea una persona horrible por hacer todo esto, pero prometió meterlo, y yo le creo. El padre de su amigo es decano de toda la universidad.

Dejo que termine de hablar y le doy la pieza que falta.

—¿Pero sabes quién es ese amigo?

Pasan unos instantes de silencio antes de que responda.

—No, no lo sé. ¿Quién es?

—Es Ben —revelo.

—¿Qué? —pregunta ella.

—El padre *de Ben* es decano de Hertford.

Exhala un suspiro en el auricular.

—¿Por qué nadie me lo dijo? Se veía claramente cuánto quería meter a mi hermano.

—No te lo dije porque *Ben* fue a Hertford y también está en el espectro autista —revelo—. No es exactamente algo que él quiera transmitir al mundo, y lo honro.

Está callada y supongo que está procesando la información.

—Oh.

—Mira —empiezo—. Estabas en una posición en la que no necesitabas saber más hasta hace unos días.

—¿Hace unos días? —pregunta ella—. ¿Quieres decir cuando nos juntamos en la habitación?

—No —suspiro—. Cuando me enamoré de ti.

Chapter 8



Savannah

Mi madre llama a la puerta de mi habitación.

Es temprano. Lo sé por la forma en que el sol del desierto me da en los ojos y me los quema.

—¿Sí? —exclamo entrecerrando los ojos y levantándome de la cama.

Abre la puerta y lleva el pelo rubio dorado recogido. Huele a aceites esenciales de rosa y lavanda.

—Te has levantado temprano —comento, observando los pequeños toques de rímel en sus párpados—. ¿Dormiste bien anoche?

Ella asiente.

—Un encantador caballero vino anoche y dejó dos cartas para ti. Dijo que era importante que las abrieras con tu hermano. —Me tiende los sobres—. Ya estabas durmiendo, así que las guardé.

Mi cerebro se despierta.

—Vale —respondo, quitándome el sueño de los ojos—. ¿Dónde está Oliver?

—Aquí —grita la voz profunda de Oliver. Aparece al borde de la puerta.

Una carta debe ser la joya que haga entrar a mi hermano en Hertford, si lo de Ginny funcionó.

La otra carta, no estoy segura.

Oliver entra en la habitación, se quita la gorra de béisbol y se pasa una mano por el pelo castaño claro.

Le miro a los ojos.

—¿Estás listo?

Asiente con la cabeza.

—Siempre estoy listo.

Abro con cuidado el primer sobre y escudriño las primeras frases de la página.

Las lágrimas empañan mis ojos mientras leo en voz alta.

—Querido Oliver Goodwin. Nos complace aceptarte en el Hertford College. —Dejo la carta y miro a Oliver a los ojos azules—. Es oficial —anuncio, dándole la vuelta a la carta y mostrándosela como prueba—. ¡Estás dentro!

Mi hermano rompe a sonreír.

—¡Wooooo!

Poniendo el puño cerca del corazón, mi madre se da golpecitos en el pecho mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

—Esto es como un sueño hecho realidad. Estoy muy orgullosa de vosotros dos por haberlo hecho posible.

—Tú también lo hiciste posible, mamá —canturreo, dándole un cálido abrazo—. Somos un buen equipo.

Me sonrío y mira a mi hermano.

—La universidad es un gran paso. ¿Estás preparado?

—Siempre estoy preparado —confirma, señalándose el pecho con el pulgar.

Le doy un fuerte abrazo y luego estudio el otro sobre. Este lleva mi nombre escrito, y es una letra que reconozco fácilmente. Es de Aaron.

Abro el sobre y saco un cheque bancario con una nota adhesiva.

Leí la nota en voz alta.

—Querida Savannah: Por favor, acepta este regalo como muestra de mi gratitud. —Asiento con la cabeza antes de sacar el cheque. Jadeando, lo sostengo contra mi pecho. Mierda. Anuncio la cantidad—. 250.000 dólares.

—Madre mía —pronuncia mi madre antes de echarse un poco hacia atrás—. ¿Quién es este tipo? ¿Está loco?

—No está loco, tranquila. Pero no creo que debamos aceptarlo —respondo, llevándome una mano temblorosa a la frente—. Es demasiado.

Suena un suave golpe en la puerta principal y mamá va inmediatamente a abrir.

Me ciño la bata alrededor del pecho.

Aaron está en la puerta con un traje a medida color canela y unas flores en la mano. Una sonrisa ilumina su rostro y extiende el ramo hacia mí.

—Son para ti.

—Oh, um —tartamudeo, aceptando las rosas de Aaron—. Gracias.

Miro a mi madre, que mueve las pestañas y sonrío a Aaron.

—Yo me encargo, mamá.

Encuentro la mirada de Aaron y separo los labios.

—Hola.

Aaron abre la boca para saludarme, pero Oliver lo intercepta.

—¿Eres tú? —pregunta Oliver desde el fondo del pasillo.

Aaron mira a Oliver y sonrío.

Abro más la puerta y le hago un gesto a Aaron para que entre.

—Sí —responde Aaron, extendiendo la mano para estrechar la de Oliver—. Yo soy el tipo.

Oliver rodea a Aaron con sus brazos.

—Gracias, tío. Gracias.

—Cuando quieras, Oliver. —Aaron asiente y abraza a mi hermano, con los ojos brillantes—. Espero que ayude.

—Aaron, déjame detenerte. No puedo aceptar esto —interrumpo, devolviéndole el cheque—. Es muy amable por tu parte, increíblemente amable, pero es demasiado.

Ladea la cabeza.

—Tenía el presentimiento de que dirías eso. Por eso hice el cheque a nombre de Oliver. —Mira a mi hermano—. Quieres ir a Hertford, ¿verdad?

—Sí, señor. Por supuesto. Estoy listo para ir a la universidad —confirma, inclinando su gorra

de béisbol y revelando el escudo de la escuela en la parte delantera del sombrero—. Hertford.

—Bueno, acabo de hablar con ellos esta mañana —le dice Aaron a mi hermano, sonriendo—. Dijeron que están listos para Oliver.

Se me nublan los ojos y las lágrimas corren por mis mejillas.

—Esto significa mucho para nosotros. Estás cambiando nuestras vidas, y no sé cómo podré pagártelo.

—No tienes que hacerlo —responde—. Pero hay algo más que necesito pedirte.

Saca del bolsillo una caja de terciopelo negro y se arrodilla.

—Madre mía —susurra mi madre detrás de mí.

—Savannah, nunca pensé que sentiría esto por alguien —comienza—. Pero aquel día que entraste en la oficina y te vi por primera vez... supe que tenía que hacerte mía. Sé que la forma en que lo hice fue torpe, pero creo que estaba en negación.

Una sonrisa curva hacia arriba la comisura de mis labios y me limpio las lágrimas de los ojos para poder verle mejor.

—Pero eso ya lo he superado. Somos una familia, Savannah —proclama, y sus ojos se posan en mi vientre, donde probablemente está su hijo nonato—. Lo que quiero pedirte es... por favor, hazme el honor de convertirme en mi esposa.

Tragándome el nudo de la garganta, asiento con la cabeza y clavo mis ojos llorosos en los suyos.

—Sí, me encantaría ser tu esposa, Aaron.

Se levanta, me coloca el anillo en el dedo y me estrecha en un cálido abrazo.

Las lágrimas no dejan de correr por mi cara. Es el único hombre que he querido, y ahora mi deseo se ha hecho realidad.

Aaron me alisa unos mechones de pelo y me los coloca detrás de la oreja. Luego se inclina hacia mi oído y me susurra:

—Intercepté al empleado de correos para que me diera esta carta de aceptación.

Le dirijo una mirada con una ceja arqueada.

—Eh... estoy bastante segura de que eso es ilegal.

—Pero era por una buena causa —afirma encogiéndose de hombros—. Le conté al cartero lo que estaba haciendo y le enseñé el cheque. Me llamó el Robin Hood de Las Vegas. —Sonríe—. El tema es que estoy repartiendo mi propio dinero, pero acepto la nueva reputación.

Le golpeo en el hombro antes de echar la cabeza hacia atrás en un ataque de risa. Nunca le había visto tan feliz.

Sonríe y acorta el espacio que nos separa antes de atrapar mis labios en los suyos en un suave beso.

Apoyo la cabeza en su pecho y saboreo la sensación de su abrazo protector.

Juntos, hemos superado retos, burlado a un adversario y descubierto un amor que nunca creímos que existiera.

Con una semilla de esperanza que descansa en mi vientre y un futuro de posibilidades, nos adentramos en la belleza del mañana, dispuestos a conquistar cada aventura que se nos presente, cogidos de la mano.





Epílogo

SEIS MESES DESPUÉS

Savannah

—Acabo de sentirle dar una patada. —Una sonrisa me calienta la cara mientras miro a Aaron.

Apoyada en una fila de armarios del despacho de Aaron, noto los movimientos del bebé.

Aaron se precipita hacia mí y apoya su mano masculina en la parte inferior de mi vientre. Se le ilumina la cara y sonríe.

—¿Cómo sabes que era el niño? Podría haber sido la niña.

Hace un par de semanas recibimos la noticia de gemelos. Ver los dos corazoncitos latiendo dentro de mí fue la prueba de que nuestro amor había brillado, a pesar de que habíamos hecho todo lo posible por ignorar el implacable deseo.

Mis pies hinchados ya no caben en los tacones del trabajo y mis antojos de helado de galleta

están por las nubes, pero me alegro de haber creado una pequeña familia ese día.

Aaron será un padre increíble. Me besa la cabeza y me alisa el pelo.

—Sabes que no tienes que trabajar durante tu embarazo. —Sonríe—. Aquí en The Blake ofrecemos prestaciones por maternidad.

Me río entre dientes.

—Sí, jefe —canturreo, arqueando un poco la espalda para mostrar mis pechos—. Pero tengo que trabajar para pagar las facturas. Los bebés tienen que comer.

Me acaricio la barriga y pongo morritos.

Sus ojos se funden en los míos.

—¿Y yo qué? Yo también tengo que comer —susurra, deslizando una mano bajo mi falda premamá y provocando la excitación de mi núcleo—. Yo también tengo hambre, cariño.

Sus dedos masculinos trabajan para desabrocharme los botones de la blusa y luego me lleva hacia delante para desabrocharme el sujetador. Me besa el pecho, se mete un pezón en la boca y chupa.

Una vez que se ha saciado, me da la vuelta para que quede de cara a los armarios.

—Inclínate para mí. Necesito darte este bulto que he estado cargando todo el día para ti. Será suave, lo prometo.

Haciendo equilibrios sobre los codos, saco el culo para darle acceso total.

Me levanta la falda premamá y me baja las bragas por los muslos.

Ya tengo los pies descalzos y me ayuda a quitarme la ropa interior sobre la alfombra de felpa color crema.

Me besa las piernas al volver a subir.

Cuando se levanta, su entrepierna roza mi trasero y le hace cosquillas.

Mis rodillas se doblan mientras él me agarra de las caderas y me sostiene.

Coloca su larga y gruesa vara en la base de mi canal y la introduce hasta que queda firmemente colocada.

—Sí —susurra desde detrás de mí—. Buena chica.

Me aprieto contra él hasta que no podemos más y, a partir de ahí, creamos el éxtasis que solo pueden crear dos personas que están igual de obsesionadas la una con la otra.

Me viene un pensamiento a la cabeza—una duda—y me cuesta deshacerme de ella. Miro detrás de mí.

—¿Puedo preguntarte algo?

Ralentiza su ritmo.

—¿Sí?

Es estúpido, pero debo saberlo, así que planteo la pregunta.

—¿Seguiríamos juntos si no me hubiera quedado embarazada ese día?

Me acaricia el vientre y me empuja con más fuerza varias veces antes de aminorar la marcha.

—Sí. Habría seguido dándote mi semilla hasta que me hubieras dado el heredero que te pedí.

Mis hombros se relajan y exhalo largamente.

Coloca la palma de su mano sobre la mía en la mesa del despacho, entrelaza sus dedos con los míos y sigue bombeando dentro de mí.

Una abrumadora sensación de amor y gratitud llena mi corazón.

Acunando la promesa de un futuro que no conoce límites, espero que nuestro camino iluminado nos traiga un mañana soleado y un legado para siempre.



Siguiente en la serie: [Bebé para el mejor amigo de mi hermano](#)

¿Qué ocurre cuando Ben pasa demasiado tiempo con la hermana pequeña de Aaron y rompe todas las reglas?

Descúbrelo en “[Bebé para el mejor amigo de mi hermano](#)” en la serie El legado de Blake.

Escanea el código QR para ver si este libro está disponible.





Sobre la autora

Janica escribe historias de amor picantes sobre hombres seductores y las atrevidas mujeres que se enamoran de ellos. Comenzó escribiendo historias con final feliz cuando era adolescente, pero recientemente ha empezado a incluir un toque picante en sus relatos y a publicarlos en Internet.

Está casada con un hombre que afirma ser multimillonario por derecho propio, pero que se niega a contratar a alguien que le ayude en la cocina. Ambos son unos yonkis digitales y trabajan todo el día codo con codo en un gran escritorio. Eh, pero mientras haya un cuenco con alubias de gominola entre ellos, todo va bien.

Viven en Las Vegas con un perro pomerania que se comporta como un gato.

Le encanta tener noticias de sus lectores. Contacta con ella en janicacade@gmail.com



Deja una opinión

Gracias por leer esta serie. Estoy encantada de que decidieras echarle un vistazo. Si te ha gustado leerla, te agradecería que dejaras una opinión. Cuéntame cuál ha sido tu personaje favorito. Leo todas las opiniones y las tengo en cuenta para mis próximos libros. También son de ayuda para que otros lectores voraces puedan encontrar mis libros.



Otras obras de Janica Cade

[Serie Contrato con un multimillonario](#)

[Sucio mentiroso](#)

[Serie El legado de Blake:](#)

[Libro nº 1: Bebé para el CEO](#)

[Libro nº 2: Bebé para el vecino](#)

[Libro nº 3: Bebé para el acosador](#)

Libro nº 4: Bebé para el gruñón

Libro nº 5: Bebé para el mejor amigo de mi hermano

¡Escanee el código QR para obtener enlaces a todos los libros!

